

MISA CELEBRADA DURANTE SU VISITA A PUERTO RICO

San Juan, Puerto Rico, 25 de mayo de 1995

Queridos hermanos y hermanas:

El Señor me concede la oportunidad de visitar por vez primera la Isla del Encanto, tan parecida a la Perla de las Antillas en su paisaje y en su gente.

Los visito hoy a ustedes, como estoy haciendo en las diferentes diócesis de Cuba, en cuyas Catedrales, como en el Santuario de El Cobre, me repetían lo mismo que oí en Roma de labios de hermanos cubanos llegados de aquí mismo, de Miami, de España, o de New Jersey: Tú eres nuestro Cardenal.

En esa frase simple y llena de cariño hay una profesión de fe en la Iglesia, que es una y universal, católica; y hay también una declaración de cubanía: el Cardenal cubano lo es de ustedes como de los católicos de Cuba porque somos un solo pueblo, una sola nación en diáspora. Pero como un árbol, cuya sombra se extiende y sus frutos se recolectan en distintas ramas, tenemos las mismas raíces y circula en todas esas ramas la misma savia vital que nos hace ser y sentir cubanos.

¡Y qué mejor oportunidad para saludarnos que esta de reunirnos alrededor del altar del Señor! Él se hace siempre presente en la Eucaristía y, como en aquella primera Cena, nos vuelve a repetir su deseo: *«que todos sean uno»*, *«que en eso conozcan todos que ustedes son mis discípulos, en que se aman unos a otros»*.

Siempre cumplimos dos mandatos de Jesús en cada celebración eucarística: el mandato de hacer esto en memoria suya, para que el ser humano, débil y sin fuerzas, se alimente del pan del cielo y el mandato de amarnos como Él nos amó, hasta dar la vida por quienes amamos.

Y de amor entre cubanos tratamos aquí, a los pies de la Virgen de la Caridad, nuestra Patrona, que desde su altar de El Cobre invita a todos los cubanos, a los de nuestra tierra y a los que viven lejos de la Patria, a la reconciliación, a la paz, al amor.

De amor entre cubanos tratamos también en este año 1995 en que se cumple el centenario de la caída en combate del apóstol de nuestra Independencia, José Martí, heredero indiscutible del pensamiento cristiano de Mendive, de Luz y Caballero y del Padre Félix Varela.

José Martí, que colocó el amor en la cima de su obra literaria y patriótica, un amor alimentado en la fuente pura del Evangelio de Jesucristo; con ese amor él cultiva rosas blancas para sus amigos y para sus enemigos.

Es consolador saber que, en el quehacer fundante de la Patria, el apóstol incansable que se propuso aunar voluntades para lograr la independencia de Cuba se presenta siempre como un abanderado del amor.

Que nuestra celebración de hoy sea un homenaje de amor a Cuba, nuestra Patria, y también un homenaje al Maestro en el centenario de su caída en Dos Ríos, con una súplica al Señor por que llegue a concretarse para Cuba el sueño del apóstol.

Patria, tierra de los padres, es uno de los aspectos esenciales de la experiencia de un pueblo.

Algunos pueblos de la tierra han recibido la Patria como legado sereno, como herencia que se posee en una tranquilidad inmemorial. No es así para otras muchas naciones del mundo, que en su historia han incorporado experiencias heroicas en relación con la Patria, no solo al defenderla de ataques o invasiones, sino en su misma gestación.

Así, llena de incidencias excepcionales se presenta la historia del pueblo de Dios en el Antiguo Testamento, que se inicia con un desarraigo: Abraham debe abandonar su tierra natal para ir a otro país del cual no sabe nada aún. En esta historia, absolutamente singular, es Dios quien anuncia descendencia y patria a un hombre que solo podía concebirlas como una promesa. Canaán, sitio de su nuevo asentamiento, estaba poblado por otros hombres; pero curiosamente, fiados en la promesa de Dios, Abraham y su descendencia sintieron aquel lugar como patria aún no plenamente poseída, aunque ya prometida. Así la siguieron sonando durante el tiempo en que, empujados por el hambre, habitan en Egipto, país que consideran siempre como tierra extranjera. Después del éxodo de Egipto, guiados por Moisés, cohesionados como pueblo por el sufrimiento y el largo peregrinar por el desierto y confirmados por la Alianza que Dios establece con ellos en el Sinaí, entran en Canaán, que se convierte en su propia tierra, en la tierra prometida, la que guarda la tumba de los padres y conserva ahora también el Arca de la Alianza.

Pero esta historia pasa de nuevo por el desarraigo. La invasión del gran imperio babilónico lleva al pueblo deportado al destierro. La dura experiencia del exilio aviva, sin embargo, el amor de los hebreos a su patria.

Junto a los ríos de Babilonia nos sentábamos y llorábamos, acordándonos de Sión; que se me pegue la lengua al paladar si no me acuerdo de ti, Jerusalén.

Allí comprende el pueblo de Dios que aquella catástrofe tiene por causa el pecado nacional y la patria lejana vuelve a ocupar un lugar central en su oración como promesa cumplida por Dios, pero arruinada por el pueblo que no fue fiel a la Alianza.

La historia de Israel se vuelve paradigmática para todos los que abrazamos la fe cristiana, porque de ese pueblo, con esa experiencia nacional única, nació Jesucristo Redentor, Quienes por cultura y fe participamos de la gran tradición judeo-cristiana vemos, como pueblo, reflejados y preanunciados en aquellos relatos bíblicos nuestros propios desarraigos, sueños, aspiraciones, exilios e infidelidades al legado de nuestros mayores. Pero para todos los cubanos que viven lejos de nuestra amada isla, cuánto significado cobra la Palabra revelada cuando habla de destierro, cuando canta la añoranza de la Tierra prometida.

¡Cuántas veces José Martí, conocedor de la Sagrada Escritura, habrá rezado por Cuba, llorado por Cuba, al recorrer las páginas del texto sagrado que hablaba de un exilio como el que él experimentaba, de un retorno a la Tierra prometida, como el que él anhelaba al pensar en su Patria. ¡Cuántas veces habrá experimentado que la Patria, Cuba, no era solo sueño, sino promesa que se cumpliría infaliblemente y cómo, seguramente, al asumir el tremendo oficio de redimir la Patria amada, habrá calculado que el premio cruel que espera a todo redentor es la Cruz.

Jesús amó a su Patria con todas las fibras de su corazón, tanto más que el suyo no era un país cualquiera, sino la tierra que Dios había dado en herencia a su pueblo. Su misión Él la desarrollaría sin salir prácticamente de los confines de su tierra, pero comprendía que su acción profética se convertía para sus compatriotas en un verdadero drama. Como en otro tiempo rechazaron a los profetas, ahora también la Patria de Jesús desdeña a quien

viene a recordarles sus responsabilidades como pueblo llamado por Dios. En Nazaret, Jesús es desechado: «*nadie es profeta en su tierra*», dirá allí mismo el Señor.

Él sabe que va a Jerusalén, la capital nacional, para morir allí y cuando se acerca a ella llora sobre la ciudad culpable, que no ha reconocido que Dios la visitaba (Lc 19, 41). «*Jerusalén, Jerusalén, ¡cuántas veces quise reunir a tus hijos como la gallina cobija a sus polluelos bajo sus alas pero tú no quisiste*». Qué gran amor a la Patria debe albergar el discípulo de Jesucristo en su corazón y cuán obligados estamos a preocuparnos por ella, a orar incesantemente por ella.

Me imagino cómo resultaría inspiradora para Martí la figura limpia y digna de Jesús que amó así a su tierra. Cómo habrá sentido la cercanía del dulce profeta de Galilea, de aquel Maestro de maestros, cuando experimentó la incompreensión y aun el rechazo de muchos compatriotas, cuando comprendió que, si iba a Cuba, sería a morir y cuando, a pesar de todo, siguió adelante su tarea sin odios ni amarguras, anclado siempre en el amor, pues nunca se hizo el apóstol ilusiones fáciles con respecto a la lucha por la Independencia de nuestro país en cuanto a sus condiciones reales: Así aparece claramente en su carta a Máximo Gómez, de fecha 13 de septiembre de 1892:

«Yo invito a Ud., sin temor de negativa, a este nuevo trabajo, hoy que no tengo más remuneración para ofrecerle que el placer del sacrificio y la ingratitud probable de los hombres.»

Todo esto significó Patria para Martí. Una Patria que para nosotros, seguidores de Cristo, participa de ese misterio de muerte y vida que es el centro de nuestra fe y que celebramos en este tiempo de Pascua.

El nuevo pueblo de Dios que «no nace de la sangre, ni de querer de hombre» sino de la fe en Cristo y del agua bautismal, es la Iglesia. La Iglesia universal, abierta a toda raza y nación, católica, no suprime el enraizamiento de los hombres en una patria terrestre, como trataron de hacerlo algunas ideologías de este siglo. El amor a la Patria es siempre un deber para todo cristiano y es como una prolongación del amor a la familia.

Jesús amó entrañablemente a su Patria Israel y los cristianos de origen judío, como Pedro, Santiago, Juan y cualquiera de los apóstoles, también. Pero aquella patria de Israel ha perdido ya su significación sagrada para el discípulo de Jesús. Los israelitas eran hijos de la Jerusalén de la tierra, los cristianos somos hijos de la Jerusalén del cielo. Allá en lo alto, donde está Cristo a la derecha del Padre y a donde nos fue a preparar morada, alcanzaremos nuestra plena ciudadanía.

Mas ésta no es una doble ciudadanía, porque las realidades del espíritu, aquellas que disfrutamos ya, como la pertenencia a la comunidad de fe y amor que es la Iglesia, o aquellas que son objeto de nuestra esperanza, como la plena participación con Cristo de «un cielo nuevo y una tierra nueva», no nos disputan el amor y el servicio a la patria terrena, al contrario, los potencian. No olvidemos la escena de los discípulos que el día de la Ascensión del Señor se quedan con la vista clavada mirando al cielo, a donde Jesús parece ascender, alejándose de ellos. De aquel aparente éxtasis los despierta la voz del ángel, del enviado de Dios que casi los reprende: «*israelitas, ¿qué hacen ustedes ahí plantados mirando al cielo*». Ese Jesús que ahora ven partir vendrá de nuevo.

Y cuando venga el Hijo de Dios con sus ángeles convocará a todos los hombres y llamará a su derecha a algunos que Él proclamará «benditos de mi Padre» y los invitará a disfrutar del reino, «porque tuve hambre y ustedes me dieron de comer, tuve sed y me

dieron de beber, estuve desnudo y me vistieron, enfermo y en la cárcel y me fueron a ver»... Y ¿cuándo, Señor, te vimos así, y te asistimos? «Cada vez que lo hicieron a uno de esos, los más pequeños, a mí me lo hicieron». La pertenencia a la gran familia que es la Iglesia, la esperanza de alcanzar el pleno disfrute de la Patria definitiva, no nos permite quedarnos plantados, mirando al cielo y mucho menos pasar de largo junto al hambriento, al desnudo, al oprimido o al olvidado, porque en cada humano que sufre vive misteriosamente Jesucristo.

Nuestro amor y adhesión a Él, nuestra mirada de esperanza hacia una convivencia humana superior, nos disponen para amar y servir a la Patria y hay cabida en ese amor para esos otros lugares como esta hermosa isla de Puerto Rico, que abre sus puertas y los corazones de su pueblo, para acogernos como en nuestra propia casa.

El parecido de esta naturaleza pródiga a la nuestra y la presencia de tantos hermanos cubanos en medio de ella trae a mi mente lo que el Papa Pío XII nos dijo hace tiempo a los cubanos.

Cuando se celebró en La Habana el Congreso Eucarístico Nacional del año 1947, el Papa Pío XII envió un mensaje radial que para muchos resultó incompresible. El Papa hacía alusión a la belleza de la naturaleza en Cuba y a la abundancia en que vivíamos los cubanos. Con palabras parecidas a estas hablaba el Papa Pío XII: «Ustedes se sienten orgullosos, y con justa razón de haber nacido en la que alguien llamó “la tierra más hermosa que ojos humanos vieron”, en la “Perla de las Antillas”, pero, y aquí venía la advertencia del Santo Padre: «en esa misma bondad del clima, en esa exuberancia y placidez, se anida el peligro». Y continuaba el Papa: «me parece ver que por el tronco altivo de su palma real, que se mece con donaire, se desliza la serpiente tentadora que les dice: “¿Por qué no comen? Serán como Dios”», y añadía el Papa: «si no hay en ustedes una vida sobrenatural fuerte, la derrota será segura».

El Papa Pío XII hacía alusión a un pueblo aparentemente satisfecho y despreocupado que no se daba cuenta de los grandes desafíos de la historia y no comprendía que aquella bonanza pasaría cuando volviera a bajar el precio del azúcar, que los cimientos de la Patria no estaban terminados de forjar, que teníamos todos una gran responsabilidad nacional.

Sí, queridos hermanos, no nos dimos cuenta. Pero no es la hora de inculpar a nuestros antepasados, sino de examinar ante Dios nuestras conciencias. Después de tantos avatares, después que de manera trágica parece haberse cumplido aquella extraña predicción de Pío XII, nosotros los cubanos de hoy, los de dentro y fuera de Cuba, ¿nos damos cuenta al fin de que no podemos encerrarnos cada uno en nuestro mundo, sino que con un corazón desprendido, nunca satisfecho, debemos buscar el bien de todos?

La tarea de la Iglesia en esta hora, como en todo momento, es la de convocar voluntades, despertar conciencias, para que nadie se sienta nunca seguro y satisfecho, mientras que su hermano está necesitado, triste o aquejado por variados sufrimientos.

La pregunta actual que todos debemos hacernos es: ante este llamado al amor, a la reconciliación, a la búsqueda de caminos de paz, ¿permaneceremos unos y otros indiferentes?, ¿nos parecerá el lenguaje de la Iglesia, del Evangelio, tan extraño como pareció a los cubanos del año 47 el mensaje del Papa Pío XII? ¿Nuestra historia reciente y actual nos habrá sacado por fin a los cubanos de nuestra suficiencia, de este «creernos los mejores», o «tener cada uno la verdad», que no nos permite a veces abrírnos a la comprensión y dejar que triunfe el amor?

¿O podremos por fin acoger el llamado de Jesucristo en el Evangelio y hacernos sencillos de corazón para poder apostar a la esperanza?

Cuando terminaba la audiencia que el Papa Juan Pablo II dio a los obispos cubanos y al numeroso grupo de fieles de todas las diócesis de Cuba que nos acompañaron al consistorio, el Santo Padre hizo un breve aparte con los obispos en la puerta de la sala donde nos dirigió la palabra y nos dijo rápidamente, como en sentencia, dos cosas: la Iglesia tiene que trabajar, tiene que seguir trabajando, y agregó: Acuérdense de la Virgen.

Como un mandato profético debemos acoger todas y cada una de estas breves palabras dirigidas personalmente por el Sucesor de Pedro a los obispos de Cuba.

Pero ¿cuál es el trabajo que debemos hacer? Así le preguntaron los discípulos a Jesús. Respuesta del Señor: que conozcan al Padre y a su enviado Jesucristo.

Conocer, en el lenguaje bíblico (cuando se trata de una persona), significa entrar en profunda intimidad con ella. En ese sentido decimos también en español que nadie conoce a un hijo mejor que su madre.

Nuestro pueblo no conoce a Jesucristo: la gran mayoría de los que viven en Cuba, nuestros hermanos que están en Guantánamo y muchos de los que viven fuera de nuestro país no conocen al Señor.

Nuestro gran escritor Don Fernando Ortiz, narrando la entrada en La Habana, en los primeros días de enero del año 1959, del Ejército Rebelde, describía el acontecimiento haciendo esta referencia muy especial. Con palabras parecidas decía Don Fernando: «Contemplando el desfile de aquellas huestes barbiluengas hay un personaje de mármol extranjero, recién llegado, que mira con tristeza hacia un pueblo que jamás lo ha conocido» (Se refería a la estatua del Cristo de La Habana, colocada a la entrada de la Bahía unos días antes de finalizar el año 1958).

El pueblo cubano es creyente en más del 85%, según encuesta reciente hecha oficialmente en Cuba. Tiene respeto a Dios y algunos poseen una noticia vaga acerca de Jesús; pero los cubanos estamos necesitados de esa vida espiritual sólida a la que se refirió Pío XII, para no fracasar como pueblo. Hoy por hoy, nuestra cohesión como nación dispersa y dividida en sus opiniones y modos de pensar, debe hacerse en Jesucristo y en la opción por los valores que nos propone el Evangelio.

Ese es el trabajo evangelizador que la Iglesia tiene que hacer ahora dentro y fuera de Cuba con el pueblo cubano dondequiera que se encuentre.

Cristo debe ser conocido y amado, para que pueda ser seguido en su doctrina de amor, de reconciliación, de paz. Para que, descubriendo en Él la verdad, la verdad nos haga libres, con esa libertad del corazón cristiano, libertad de los hijos de Dios, que solo Cristo Salvador nos puede dar y que nadie nos puede quitar.

Con el Evangelio de Jesucristo entra la paz en los corazones, en la familia, en la sociedad, aprendemos el valor de la vida y del trabajo, cómo hacer uso de los bienes materiales y lo que es servir al prójimo. En fin, se abre una puerta a la solidaridad, a la esperanza y a la alegría.

Para todo esto escuchemos la otra recomendación del Papa Juan Pablo II: No se olviden de la Virgen. No nos olvidemos de la Virgen de la Caridad y tengamos oídos atentos como cubanos, como católicos, a su palabra que nos encamina a Cristo: «Hagan lo que Él les diga». ¡Virgen de la Caridad, que la dicha de seguir a Cristo, que trae todas las demás, sea la de tu pueblo en Cuba y en cualquier parte! Así sea.